

partes una fuerza de que echar mano para contener el movimiento envolvente, y acordándose de que el mariscal ha puesto á su disposición la brigada de caballería Michel, envía al coronel d'Andigné al general de división Duhesme, que manda la caballería del 1.º cuerpo, y le pide uno de sus regimientos de coraceros. El general Duhesme estaba en cama gravemente enfermo; la petición que le hacían le espantó, y habiendo indicado al coronel d'Andigné que se acercara á su lecho, le dijo: «En nombre del cielo decid al general Lartigue que comete una locura y que hará destruir inútilmente á mis coraceros.—Mi general, replicó aquél, no hay otro medio de salvar los restos de la división.» Y con cierta vacilación añadió: «¿Puede la caballería, sin deshonrarse, ser testigo impasible de tamaño desastre?» Al oír esto, el general Duhesme, comprendiendo lo horrible de la situación, no se resistió más, y con acento embargado por la emoción y los ojos llenos de lágrimas, pronunció estas solas palabras: «¡Pobres coraceros míos, pobres coraceros míos!» Y silenciosamente oprimió la mano del coronel d'Andigné.

Aun cuando Lartigue había pedido un solo regimiento, los dos de la brigada, el 8.º y el 9.º de coraceros, se apercibieron al combate; quedaban todavía disponibles dos escuadrones del 6.º de lanceros, y uno de sus capitanes, dirigiéndose á sus soldados y desenvainando el sable, les dijo: «No vamos á dejar solos á nuestros compañeros los coraceros.» palabras que arrastraron á toda aquella gente. Aquella caballería, que componía un total de nueve escuadrones, formóse en dos líneas en el valle del Eberbach, situándose en la primera el 8.º de coraceros y en la segunda el 9.º y los lanceros. El general Lartigue indicó como objetivo de la carga el cuerpo del general Schkopp, que comenzaba á salir de Morsbronn. Aunque los acontecimientos de la jornada hacían verosímil una intervención de la caballería, no se había reconocido el terreno, de modo que habían de faltar todos los elementos, salvo el heroísmo. El terreno era en extremo desfavorable, pues estaba lleno de árboles de ramas muy bajas, de zanjas y de troncos cortados á flor de tierra. El 8.º de coraceros se forma al abrigo del barranco, mas apenas ha remontado las pendientes del Eberbach vese acribillado por el fuego de los infantes enemigos, escondidos en las viñas, en los huertos y en los plantíos de lúpulo. A pesar de las balas, la carga prosigue y como un torrente cae sobre Morsbronn; en el momento de entrar en la población, el regimiento se divide, y mientras unas fracciones se lanzan á derecha é izquierda sobre la infantería, la mayor parte penetra en la larga y estrecha calle de la aldea. Las casas de ésta están ocupadas y desde las ventanas y los tejados los asaltantes son fusilados á quema ropa; al extremo de la calle se ha improvisado una barricada y los infelices jinetes, detenidos en su carrera, retroceden abriéndose paso por entre los caballos muertos y los cuerpos de sus compañeros heridos. El fuego de las ventanas no cesa, y las balas, según frase de un testigo ocular, resuenan sobre las corazas como el granizo sobre los cristales en tiempo de tempestad. Los que logran escapar se reorganizan y tratan de volver á la carga; pero los jinetes caen alcanzados por los proyectiles y los caballos ruedan por las zanjas ó tropiezan con los alambres de los plantíos de lúpulo. De pronto, topan

con un destacamento de húsares prusianos que hacen fuego sobre ellos, pero que, intimidados por aquellos restos arrogantes, no se atreven á atacar á aquella valerosa fuerza ni aun estando, como está, diezmada (1). Los coraceros del 9.º regimiento y los lanceros han seguido á sus compañeros del 8.º, mostrando igual heroísmo y sufriendo igual suerte que éstos: también ellos penetran en la calle de Morsbronn, se arremolinan dentro de la aldea y no pueden salir de ella, quedando todos en poder del enemigo. Los nueve escuadrones habían perdido entre muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos, cerca de ochocientos hombres (2); treinta y siete oficiales habían sido muertos ó heridos. Un cuarto de hora después, veíanse en la llanura ó en las laderas de las colinas algunos grupos de coraceros ó de lanceros extraviados, caminando al azar por los límites extremos del campo de batalla y tratando de regresar á nuestras líneas aunque fuese á costa de largos rodeos: eran los restos de aquellos á quienes una tradición, que perdurará mientras Francia exista, honrará con el nombre de coraceros de Reichshoffen, ó con el más exacto de coraceros de Morsbronn.

El sacrificio había sido inútil, y aunque la infantería de la división Lartigue consigue recuperar el *Albrechtshäuserhof*, éste es su último éxito, porque la artillería nos anonada, y además de Gunstett salen tropas frescas que nos arrebatan la frágil conquista, al mismo tiempo que el general Schkopp, avanzando al Noroeste de Morsbronn, prosigue el movimiento que ha de envolver nuestras posiciones.

No había salvación posible para el ala derecha francesa. En la Niederwald se libran todavía una serie de combates parciales; luchan allí, defendiendo el terreno palmo á palmo, los zuavos del 3.º regimiento que, obligados á retroceder ante el empuje de las columnas prusianas, aprovechan todos los accidentes del suelo para prolongar su resistencia. No es aquella una acción de conjunto, ni hay allí una dirección general; son simplemente grupos de soldados reunidos en torno de sus oficiales y que no se resignan con la derrota mientras les quede un cartucho. El libro de oro de su regimiento registrará más adelante el nombre de los muertos, aunque más corto sería decir los de los sobrevivientes que enumerar los de los que sucumbieron. El coronel Boucher, digno jefe de tan valientes soldados, tiene prisa por abreviar el sacrificio, y por orden suya, un capitán, acompañado de un corneta, recorre todo el lindero Oeste de la Niederwald y manda tocar retirada; entonces salen de la selva algunos oficiales, casi todos heridos, y luego varios soldados, que van llegando uno á uno ó por pequeños grupos. Muchos, sin embargo, no se presentan, ya porque no han oído los toques de corneta ó porque están ya cercados por el enemigo. Largo tiempo lucharon todavía en el bosque, pereciendo en su mayoría; los demás cayeron en poder de los alemanes, y por ellos supiéronse, durante los días de su cautiverio, los últimos detalles de la heroica lucha.

Mientras terminaban estos combates, los restos de la división Lartigue se replegaban al otro lado del Eberbach. La depresión de los ánimos fué proporcionada á

(1) *Revue de Cavalerie*, 1887, tomo V, pág. 478.

(2) Relato acerca de la 1.ª división de caballería del 1.º cuerpo en la jornada del 6 de agosto.

los prodigiosos esfuerzos realizados desde por la mañana, y ya entonces pudieron observarse en algunos batallones los primeros síntomas de la desmoralización que tantos progresos debía hacer en los días siguientes. Lo único que preocupaba á aquellas tropas era el evitar que el enemigo las envolviese; para esto retrocedieron hacia Schirlenhof y de allí hacia Reichshoffen, en tanto que los prusianos aparecían por el lindero Norte de la Niederwald. Desde aquel momento, el XI.º cuerpo, después de haber arrollado la derecha francesa, podía avanzar sobre Elsasshausen y, uniéndose al V.º, forzar el centro de nuestra posición.

## XII

En efecto, al centro de la línea de batalla debemos trasladarnos ahora. La lucha comenzada por la mañana entre el V.º cuerpo y la división Raoult para la toma de la meseta, había continuado á derecha é izquierda de la carretera que sube de Wörth á Froeschwiller, y aunque el combate estuvo mucho tiempo indeciso, no dejó de ser provechoso á los alemanes, porque el V.º cuerpo, teniendo como tenía entretenidas todas las tropas francesas, impedía á Mac-Mahón socorrer á la división, y ya con esto solo contribuyó gloriosamente á la victoria. Kirchbach, en tanto, observaba atentamente desde las alturas de Diffenbach los progresos del XI.º cuerpo, y al saber que los soldados del general Bose ocupaban Morsbronn y que acababan de apoderarse del *Albrechtshäuserhof*, había juzgado que ninguna prudencia le obligaba ya á economizar sus reservas, y había ordenado á toda prisa que acudieran á la orilla derecha del Sauer todos los destacamentos intactos, realizando entonces un nuevo esfuerzo, más formidable que los anteriores, para apoderarse de la meseta. Los prusianos, aunque fueron rechazados en varios puntos, consiguieron una doble ventaja, pues por un lado ocuparon una de las crestas fronterizas de Froeschwiller y por el otro se instalaron al Sudoeste de Wörth, en una colina denominada colina del Calvario.

Desde el observatorio que al comenzar la batalla había escogido entre Elsasshausen y Wörth, podía ver Mac-Mahón cómo eran cada vez mayores los peligros: no tenía noticia alguna del cuerpo de Faily; presentía, sin todavía conocerlo, el desastre de la división Lartigue, y observaba que el V.º cuerpo ganaba terreno. Si al mismo tiempo que eran arrollados en su derecha veían roto su centro, la derrota de los franceses había de ser irreparable. El mariscal, confiando en sus valientes tropas, intentó, por medio de vigorosos contraataques, librarse de las acometidas del V.º cuerpo.

La división Raoult peleaba desde la mañana; en cambio, la división Conseil-Dumesnil había hasta entonces sufrido muy poco, y uno de sus regimientos, el 3.º de línea, se había quedado de reserva al Sudoeste de Elsasshausen. Mac-Mahón le hace entrar en combate y ordena al coronel Champión, jefe interino de la brigada, que recupere el Calvario. Por el camino recogen aquellas tropas algunos destacamentos del 21.º de línea y del 2.º de zuavos; los soldados dejan las mochilas en el suelo; suena el toque de carga, y el coronel, espada en mano, arrastra en pos de sí al regimiento, que se lanza valientemente al asalto, despreciando la lluvia de

proyectiles que sobre él cae, y con su impetuosidad hace retroceder al enemigo. Los prusianos, arrojados del Calvario, se reorganizan en las viñas y en los huertos, intentan recobrar las alturas y son nuevamente rechazados, pero lo que no ha podido lograr la infantería, la artillería lo consigue, haciendo converger sobre la meseta el fuego de varias baterías. Nuestros soldados no tienen segunda línea que apoye á los que ceden; el coronel Champión recibe tres heridas y cae desplomado, y el Calvario, barrido por las bombas, queda definitivamente en poder de los alemanes.

Mac-Mahón, obstinado en su confianza, ordena un segundo contraataque dirigido contra las alturas que



El general Bose

ascienden directamente hacia Froeschwiller, confiando el mando de la columna al general Maire, comandante de la segunda brigada de la división Conseil. El general reúne sus dos regimientos, el 47.º y el 99.º, y los franceses, con admirable energía, arrojan al enemigo sucesivamente de sus posiciones y le obligan á bajar las vertientes de las colinas. De nuevo, y por última vez, llegan los nuestros hasta las casas de Wörth, en donde se han trabado los primeros combates de la jornada; las pérdidas son terribles; el general Maire ha muerto y varios oficiales superiores han sido heridos. Mas, á pesar de tantos sacrificios, el resultado definitivo es el mismo que en el Calvario: cuando nuestra infantería ha arrojado hasta el valle á la infantería prusiana, la artillería repara el pasajero fracaso; las baterías de la orilla izquierda del Sauer hacen fuego, y bajo aquella lluvia de proyectiles, nuestros soldados no tienen más remedio que retirarse.

Son las dos y media. Los prusianos, aunque lentamente y á costa de muchos esfuerzos, se consolidan en las alturas, y en vano intentan los nuestros un tercer contraataque con el 36.º de línea. Las noticias que incesantemente llegan no dejan duda alguna del completo desastre de la división Lartigue, y Mac-Mahón se ve obligado á abandonar la pequeña eminencia en que ha permanecido desde por la mañana y á retirarse á Elsasshausen. La realidad, hasta entonces un poco velada, aparece en todo su horror: en la meseta, en donde se defiende en espacio cada vez más reducido, el ejér-

cito francés está cercado por tres lados; al Norte están los bávaros, afortunadamente poco impetuosos, que se extienden por los bosques de Fröschwiller; al Este, el V.º cuerpo, que ocupa el borde de las colinas que se alzan á derecha é izquierda de la carretera de Fröschwiller á Wörth; y al Sur, el XI.º cuerpo que, desembarazado de la división Lartigue, se une al V.º, sale de la Niederwald y se aproxima al bosquecito cercano á Elsasshausen. Sólo queda un camino libre, el del Oeste, por donde marchan los restos de nuestra 4.ª división: ¿cuánto tiempo lo estará? Algunas fracciones del XI.º cuerpo, y detrás de ellas los wurtembergueses, se dirigen hacia Reichshoffen, como para cerrar aquella última salida.

Mas, aun en tan extremo trance, lisonjéase Mac-Mahón de poder romper el cerco fatal. Lo más urgente es despejar el acceso á Elsasshausen, amenazado al Sur por el XI.º cuerpo; pero para ello no puede el mariscal disponer de la división Lartigue, que se retira, ni con la división Raoult, que está extenuada, ni con la división Conséil, que acaba de ejecutar dos terribles contraataques. Ducrot, que solamente ha luchado contra los bávaros, es el único que ha sufrido relativamente poco en la batalla; á él, pues, recurre Mac-Mahón, enviándole un oficial con encargo de pedirle todas sus tropas disponibles.

De Fröschwiller sale el 96.º de línea mandado por el coronel de Franchessin, y luego el 18.º á las órdenes del general Wolf: el 96.º se resguarda en un principio en el valle que desde Fröschwiller descende hasta Eberbach; pero en cuanto aparece en terreno descubierto es barrido por la metralla, no obstante lo cual, el regimiento se lanza contra el bosquecito que hay al Sur de Elsasshausen y aun llega hasta el lindero de la Niederwald. Todos estos contraataques, que se parecen por lo valerosos, se parecen también por su desenlace. El coronel Franchessin cae muerto, y ante la llegada de tropas enemigas de refresco, los franceses retroceden poco á poco. El 18.º de línea, que acaba de salir de Fröschwiller, no es más afortunado.

Elsasshausen está rodeada, al Este y al Sur, por las masas enemigas, y ya la victoria casi es de los prusianos; el general de Bose, ansioso de asegurarla, acude con todas sus baterías y de todas partes surgen las llamas. En aquel momento es herido de muerte, al lado de Mac-Mahón, el general Colson, jefe de Estado mayor del mariscal, y poco después su edecán, el capitán Vogué. En el entretanto, la infantería del XI.º cuerpo sale de la Niederwal y del bosquecito, y engrosada con una parte del V.º cuerpo que se le ha juntado por el camino, emprende el ataque contra el poblado, que, á pesar de los incendios, ocupa todavía un puñado de hombres parapetados en las casas y defendiéndose con desprecio del peligro de verse completamente envueltos. Los prusianos penetran en Elsasshausen, que arde por sus cuatro costados, y cerca de allí se apoderan de cinco cañones, primeros trofeos recogidos en el campo de batalla, en el que hasta entonces los franceses sólo habían dejado cadáveres.

El desastre había de ser completo. En la meseta sólo una posición nos quedaba, Fröschwiller, y aun ésta cercada y muy pronto perdida. Desde aquel momento, la única preocupación era escapar al envolvimiento to-

tal; y Mac-Mahón, para asegurar esta última y triste probabilidad, no vaciló en pedir á su ejército nuevos sacrificios, llamando á la caballería de línea del general Bonnemains y ordenándole que con sus cargas contuviera el avance del enemigo. Los coraceros cargaron con más valor que eficacia, y después de ellos entró en juego la caballería de reserva; pero las baterías, instaladas con alguna precipitación, fueron situadas demasiado cerca de la infantería; así es que hombres y caballos no tardaron en sucumbir víctimas de las balas enemigas. Quedaba todavía un regimiento que, por haber perdido el día antes en Wissemburgo una parte de su efectivo, había sido conservado en reserva, el 1.º de tiradores, formado al Noroeste de Elsasshausen; en aquel peligro extremo, recibió orden de avanzar y de contener al enemigo. Entonces se vió hasta dónde llegaban, á falta de ciencia militar, la energía y los recursos de aquellos ejércitos del segundo Imperio. Cuando parecía general el desaliento, todo de pronto se reanimó: fué una llamarada corta, pero tan intensa, que iluminó toda la derrota. Los tiradores se reúnen detrás de las casetas, y al grito «¡la bayoneta!» que da el coronel blandiendo la espada, lánzase los *turcos* prorrumpiendo en grandes clamores, y saltando más bien que corriendo, sin cuidarse de los obstáculos, caen impetuosamente sobre el enemigo. Ante este furioso ataque, los prusianos se intimidan, y dominados, aunque vencedores, por uno de esos pánicos que generalmente sólo hacen presa en los vencidos, abandonan el campo, y sin escuchar las voces de sus oficiales, huyen precipitadamente. Sus adversarios les persiguen, penetran de nuevo en Elsasshausen, ocupan el bosquecito, recobran de paso algunas piezas de artillería y hasta reconquistan una parte de la Niederwald; mas todo esto dura tan sólo el tiempo que los prusianos tardan en reponerse de su espanto. Entonces un terrible fuego de fusilería, que parte de todos los lados á la vez, abruma á los asaltantes, y las posiciones recuperadas por éstos son recobrádas por el enemigo casi con la misma rapidez con que fueron tomadas. Los *turcos* se refugian en la *Grosser-Wald*, después de haber perdido seiscientos hombres, según unas relaciones, y ochocientos, según otras; pero, á lo menos, han retardado algo la derrota y asegurado la tregua necesaria para salvar lo que todavía podía salvarse.

En el entretanto, se preparaba el último acto de la batalla, á saber, la toma de Fröschwiller. Hacia esta aldea convergen todos los cuerpos enemigos: al Norte, los bávaros; al Este, el V.º cuerpo; al Sur, el XI.º cuerpo y una parte de los wurtembergueses. En el lindero del bosque y en los alrededores de la población se libran los supremos combates, que no obedecen á ninguna dirección, sino que son acciones parciales empeñadas un tanto al azar, según los dictados de la iniciativa individual ó las inspiraciones de la cólera. A los que le piden socorro contéstales el general Raoult: «Mirad, estoy solo, sin Estado mayor, sin edecanes, sin caballo; haced lo que podáis (1).» No hay ya unidades regulares; no hay más que restos, restos del 36.º y del 48.º de línea, del 2.º de tiradores. Con los soldados de infantería, con los cazadores y con los zuavos se mezclan

(1) *Historique du 2.º tirailleurs algériens*, pág. 399.

algunos soldados de caballería desmontados que han empuñado un fusil y arrastrando su sable hacen fuego en medio de sus compañeros. Se ven hombres que, aun estando heridos, apoyan sus cuerpos en un árbol y todavía intentan disparar; se ven igualmente oficiales cubiertos de sangre que sostenidos por sus soldados tratan de organizar ó de prolongar la resistencia; y los vivos registran las cartucheras de los muertos y sacan de ellas los cartuchos que disparan hasta agotarlos. Algunos soldados del 36.º de línea, acosados de cerca por los bávaros, prefieren morir á entregar su bandera, y cuatro ó cinco de ellos que sobreviven penetran en una granja y bajo un montón de fajina esconden la seda del sagrado emblema. ¿Quién es capaz de recordar, ni aun de los mismos actores, los incidentes de la última y confusa refriega? A los combates furiosos suceden ratos de incomprendible calma, y los mismos hombres, hasta entonces heroicos, ríndense de pronto como exangües y aniquilados: son los primeros síntomas de la depresión que sucede á todo esfuerzo sobrehumano; es asimismo el resultado de la inmensa fatiga, fatiga no sólo de los nuestros, sino también del enemigo.

Ochenta y cuatro cañones vomitan proyectiles contra Fröschwiller; estallan los incendios y la muerte redobla sus golpes. Acaba de recibirse la noticia de la muerte del coronel Suzzoni, comandante del 2.º de tiradores, que ha sucumbido gloriosamente en los combates librados delante de aquella población, y á poco cae mortalmente herido el general Raoult, uno de los militares más valientes de nuestro ejército. Una compañía de ingenieros al mando del comandante Lanty, con algunos soldados sueltos, trata de defender la aldea; los zapadores se esfuerzan los unos por atajar los incendios y los otros para levantar barricadas; pero los alemanes, después de haber su artillería preparado el ataque, llegan hasta las primeras casas del pueblo y en filas tan apretadas que el mismo número engendra cierta confusión. Trábase una última lucha, corta, desesperada, tras la cual penetran en Fröschwiller los wurtembergueses, los prusianos y los bávaros; los nuestros prueban de abrirse paso en medio de una confusión inexplicable, pero en su mayoría son hechos prisioneros.

El grueso del ejército marchaba ya hacia el Oeste, lejos del campo de batalla, protegido en su retirada por la brigada Montmarie, por el 45.º de línea y sobre todo por el 1.º de zuavos: «Estos, ha escrito un testigo ocular, habían conservado un orden admirable; cargaban sus armas corriendo, se paraban para hacer cara al enemigo, volvían á cargar á la carrera, de nuevo disparaban dando una media vuelta, y soberbiamente bravos, seguían haciendo lo mismo envueltos en una nube espesa de polvo y de humo (1).» Gracias á esta valerosa sangre fría, el enemigo fué contenido durante algún tiempo en el lindero oriental del *Grosser Wald* y los vencidos pudieron, sin grandes pérdidas, llegar á Reichshoffen y después á Niederbronn.

Los primeros fugitivos penetraron en esta última aldea cuando á ella llegaban las columnas de la división Lespart, cuya historia en aquella jornada había sido lamentable. El general Faily, incesantemente preocupado por la idea de un ataque posible por el lado de

Rohrbach ó por las carreteras de los Dos Puentes y de Pirmasens, había retardado la salida de Bitche hasta las siete y media (2), y había recorrido con gran lentitud el trayecto, que era sólo de veinticuatro kilómetros hasta Niederbronn y de veintisiete hasta Reichshoffen (3). Del mismo temor que dominaba al comandante del 5.º cuerpo estaban poseídos sus lugartenientes, así es que en cada cruce del camino se pasaba un rato mirando si se acercaba algún enemigo por la parte del Norte. Además, el calor, que era muy grande en los desfiladeros, había hecho aún más larga la marcha. Y mientras sonaba el cañoneo por el lado de Reichshoffen, aquellas tropas emplearon ocho horas en andar seis leguas. Aunque llegaron tarde, no fueron inútiles los regimientos de la división Guyot de Lespart, pues formados en las alturas facilitaron la retirada intimidando al enemigo; y este fué, á falta de una intervención más memorable, el modesto, pero muy apreciable servicio que prestaron á Alsacia.

Mac-Mahón, primero en Elsasshausen y después en Fröschwiller, había experimentado todas las angustias de la gran derrota. Obligado á abandonar el campo de batalla, habíase detenido unos instantes en el lindero del *Grosser-Wald*, en medio de las valerosas tropas que protegían la retirada, dirigiéndose después precipitadamente á Reichshoffen con la esperanza de poner orden en el desordenado desfile de los soldados, de los caballos y de los carros que unos á otros se aplastaban en los puentes. En Niederbronn, entró él mismo en la oficina de telégrafos y comunicó al emperador la noticia de la terrible derrota, por medio de un despacho en el que nada ocultaba ni atenuaba: «He sido atacado esta mañana por fuerzas muy considerables, decía... He perdido la batalla.» Dos caminos se ofrecían á los vencidos: el de Bitche, por el que el ejército de Alsacia se reuniría con el de Lorena, y el de Saverne; Mac-Mahón escogió el segundo, pues por una ilusión que pronto debía desvanecerse, se lisonjeaba de que tomando esta dirección podría aún disputar al enemigo el paso de los Vosgos (4).

Tal fué la funesta batalla que los alemanes, en memoria del lugar en donde comenzó el combate, han denominado *batalla de Warth* y que puede llamarse más exactamente *batalla de Fröschwiller*, por ser este el nombre de la aldea que domina toda la meseta tan ardientemente atacada y con tanto ardor defendida. Se la ha designado por algunos también como *batalla de Reichshoffen*, pero ninguna razón abona tal denominación, puesto que no se libró en aquel pueblo acción alguna.

Así como la batalla había sido empeñada, la persecución fué débil. Los alemanes estaban extenuados y temían penetrar en las tinieblas de la región montañosa de los Vosgos; además, el principal cuerpo de artillería se había quedado atrás. El 7 de agosto, después de una larga marcha realizada de noche y entre el esturpor y la zozobra, el ejército francés se concentró en Saverne, pero no entero, pues algunos destacamentos se

(2) *Journal du capitaine de La Nouvelle, de l'état-major du 5.º corps*.

(3) *Journal de marche du 5.º corps*.

(4) Recuerdos del general Mac-Mahón. (Véase *La guerre de 1870-1871*, tomo VII, anexos, pág. 13.)

(1) General Bonnal, *Fröschwiller*, pág. 420.

habían ido por Haguenau y se juntaron luego en Estrasburgo, otros habían tomado el camino de Bitche, y 1.200 ó 1.500 de la división Ducrot habíanse dirigido hacia la Petite-Pierre. Veintiocho cañones, cinco ametralladoras y un gran número de carros, armas y caballos habían caído en poder del enemigo; y cuando se pasó revista de las fuerzas, se vió que faltaban 20.000 hombres, muertos, heridos, prisioneros ó desaparecidos (1). De los regimientos de línea sólo quedaban algunos restos, y en cuanto á los brillantes regimientos de zuavos y de tiradores argelinos, puede decirse que ya no existían: en los tres regimientos de turcos contábase 103 oficiales muertos ó heridos, y en los tres de zuavos, 99 (2).

Froeschwiller fué realmente la tumba de aquel ejército del segundo Imperio, valeroso é inteligente, presuntuoso y brillante, tan desdeñoso del estudio como enamorado del peligro, que había comenzado su educación militar en Africa, continuándola en los rudos asaltos de Sebastopol, en las batallas de la Lombardía y en las largas marchas de México, y que no habiendo conocido más que la suerte próspera, no se figuraba que pudiera serle infiel la victoria. Una Providencia, más benéfica aún que severa, cerraba á tiempo los ojos de aquellos hombres valientes que sólo habían de vislumbrar la derrota al través de las vagas y fugaces perspectivas de su agonía. Todo lo que puede hacer el valor, el ejército de Mac-Mahón lo había hecho; pero el desastre no era menos cruel porque estuviera iluminado por gloriosos destellos. Alsacia estaba invadida y los prusianos, que tocaban ya á la cresta de los Vosgos, no habían de tardar en franquearla.

## XIII

La fecha de aquel 6 de agosto fué doblemente fatal para Francia, pues señaló no solamente la destrucción del ejército de Alsacia, sino también un desastre memorable para el de Lorena.

El combate de Sarrebruck, del que ya nos hemos ocupado, ni había servido de enseñanza ni había reportado ventaja alguna. El día siguiente y el otro transcurrieron entre conjeturas sobre los proyectos del adversario, y las vacilaciones del general en jefe de aquel ejército se tradujeron en órdenes y contraórdenes cuyo único resultado fué imponer á las tropas varias marchas inútiles. En la tarde del 4 de agosto recibióse como sangrienta advertencia la noticia del combate de Wissemburgo. Decididamente el enemigo se nos adelantaba y lejos de imponer nuestros planes nos veíamos obligados cada vez más á someternos á los de los alemanes. El ejército del príncipe real acababa de pasar el Lauter: ¿cuándo pasarían el Sarre el ejército del general Steinmetz y el del príncipe Federico Carlos?

Uno y otro ejércitos se acercaban. El día 4 de agosto, el I.º ejército se distribuyó entre Tholey y Lebach;

(1) *La guerre de 1870*, redactada por la sección histórica del estado mayor del ejército, tomo VII, pág. 186.

(2) Martinien, *Etat nominatif des officiers tués ou blessés pendant la première partie de la campagne*. — Las pérdidas de los alemanes eran de 10.642 oficiales y soldados. (Véase *La guerre franco-allemande* redactada por la sección histórica del gran estado mayor prusiano, tomo I, pág. 284.)

el general Steinmetz, ávido de combatir, á pesar de su edad, y deseoso de asestar los primeros golpes, propónase hacer avanzar, el 6 de agosto, al VII.º cuerpo hasta Guichenbach y al VIII.º hasta Fischbach. En cuanto al II.º ejército, hasta entonces se había quedado algo atrás del primero; pero se calculaba que estaría dispuesto para el 4 de agosto: el 6 llegaría el III.º cuerpo á Neunkirchen y enviaría una vanguardia á Sarrebruck; el IV.º se situaría en Dos Puentes con una vanguardia en Neu-Hornbach; y la guardia y los cuerpos X.º, IX.º y XII.º, que permanecían algo más lejos de la frontera, se acantonarían en Homburgo, Waldmohr, Landstuhl y Kaiserlantern. Dos divisiones de caballería, la 5.ª y la 6.ª, harían algunas incursiones de vanguardia y explorarían á gran distancia.

En presencia de aquella invasión inminente, el más expuesto era Frossard, quien, con una parte de sus tropas, ocupaba, al Sur de Sarrebruck, los montículos evacuados el 2 de agosto por los prusianos, á saber: el *Exercier-platz*, ó campo de maniobras, el *Reppertsberg*, el *Nussberg*, el *Galgenberg* y el *Winterberg*, posiciones desde las cuales no podía dejar de recoger algunos informes. Conocía bastante bien la red de los ferrocarriles alemanes para saber que la principal salida de las líneas procedentes del Rhin era, por el lado de Lorena, Neunkirchen y luego, avanzando más, Sarrebruck. «Esperaba con seguridad ser atacado,» declaró posteriormente (3). En la mañana del 5 sus temores se tradujeron en el siguiente despacho, dirigido al jefe del Estado mayor general: «No hago nada en mi posición avanzada, que tiene algo de fecha. Mucho mejor estaría el 2.º cuerpo en la meseta de Forbach á Sarreguemines, haciendo frente á Forbach. ¿Juzga el emperador que debo replegarme allí?» Dos horas después llegó la respuesta de Metz: Napoleón aprobaba el proyecto, fijaba su ejecución para el día siguiente y dejaba á Frossard toda la latitud necesaria para concentrar sus tropas en torno suyo (4). Más tarde supo el general que una de las divisiones de caballería alemana estaba cerca de Sarrebruck y de ciertos indicios dedujo que se operaba un movimiento convergente á dicha población; y comprendiendo que en caso de ataque podría verse envuelto, resolvió abandonar inmediatamente sus posiciones, retirándose aquella tarde misma y conduciendo sus divisiones á la meseta de Forbach, según había teleografiado al emperador. Hasta muy entrada la noche no se instalaron los vivaques.

Frossard estaba familiarizado con aquellos lugares por haberlos explorado en 1867. A cuatro ó cinco kilómetros al Sur de Sarrebruck, detrás de las pequeñas alturas en donde se había librado el combate del 2 de agosto, extendíase una cadena de colinas que, arrancando de cerca de Forbach, descendían hacia el Sarre cerca de Saint-Arnual (5). Las laderas de estas colinas, en las cuales se había construído la aldea de Spicheren, estaban cubiertas de espesos bosques: al Oeste, el *Spicheren-Wald*, al Este, el *Gifert-Wald*, el *Pfaffen-Wald* y el *Stifts-Wald*, que bajaban hacia el Sarre, y el aspecto que aquel terreno ofrecía era, no el de una superficie

(3) Declaración del general Frossard. (Véase *Procès Bazaine*.)

(4) General Frossard, *Opérations du 2.º corps*, pág. 30.

(5) Véase el mapa adjunto.

